

Vientos de Agosto

“Agosto es un mes de vientos” gimió Emma entre dientes, mientras hamacaba su gastado cuerpo de vieja en su mecedora de madera.

“Otra vez el viento”. Sus labios estaban agrietados como la ladera de una antigua montaña. Tenía en sus manos(sus frágiles manos) un pequeño pañuelo, que se agitaba, como un pájaro en su nido, de acuerdo a los designios del viento. Instantes atrás, Emma se había adormecido; era ya demasiado vieja y se lo recordaba cada parte, cada endeble rincón de su cansado cuerpo. No sabría decir cuanto tiempo estuvo dormida, y poco ya le importaba.

A esa hora, el atardecer era cada vez más evidente, gritaban ya sus colores; sobre la ciudad caía un manto violáceo de sombras ominosas: el atardecer era un presagio de noche.

- El viento... – Emma pronunció las palabras como si de un antiguo conjuro se tratara-... El viento es más fuerte y más...

No se le ocurrió de momento como completar la frase, la mente de Emma se acercó al recuerdo de Simón.

Pensó en el último agosto que vivieron juntos, en sus innumerables quejidos dentro de la pequeña casa donde vivió hasta el día de su muerte...

(¿?)

... si, su muerte, acostado en la cama diciendo que no podía seguir soportando el gélido frío, que lo sentía a pesar de la montaña de mantas y frazadas que cubrían su enfermizo cuerpo; Emma recordaba que ella no había notado siquiera una ráfaga...

- **...Malvado. El viento de Agosto, el viento de las Últimas Muertes es malvado... –
masculló, casi intentando no escuchar los delirios de vieja que empezaba a
decir.**

**Un niño pasó riendo por la calle de tierra frente a su vieja casa, pateando una
pelota roja con el gozo simple que solo hay en los niños. Emma sonrió al verlo.**

**El viento de agosto le amotinaba el blanco cabello, como si fuera un amante
ardiente; era su cabeza un bosque de otoño en plena tempestad.**

**“Estoy soñando” pensó Emma. “Estoy enterrada en mi ataúd y estoy soñando que
aún vivo”**

**Un hombre cruzó rodando en su bicicleta, que acompañaba los rítmicos
movimientos con agudos chillidos pletóricos de óxido.**

**Pequeños remolinos levantaban una que otra hoja caída, danzaban segundos con
ellas, y las soltaban sin más, con el súbito desinterés de un niño que se aburre de un
juguete.**

Podía sentir el viento.

**En su arrugada cara, calando en sus huesos, horadando sus huesos con bestial
regodeo.**

- **Te conozco – susurró Emma – te conozco y no te tengo miedo...**

**Llevó una galleta a su boca, sus manos blancas y marchitas, como blancos pétalos
arrancados de su flor, temblaban vacilantes; sus pensamientos iban y venían en su
mente, tan pérfidos como fantasmas en una casa embrujada.**

**Una señora, anciana también, pasó caminando con una bolsa de compras en la
mano, y le saludó.**

Ya pocos lo hacían.

Emma pensaba que a medida que uno crecía, además de morir poco a poco físicamente, también lo hacías espiritualmente. Tu aura se iba apagando como un apocalíptico ocaso, empezabas a convertirte en el eco de tu propia persona, hasta ser solo un adorno ante el cual todos pasaban indiferentes; todos, excepto aquellos que se estaban desvaneciendo de la misma manera.

Respondió el saludo haciendo un ademán con la mano.

Mas allá, la luz de una casa fue encendida, dando anuncio formal de que la noche empezaba su desfile monótono de sombras.

- **Siempre igual – susurró a nadie- Si julio no los mata es porque quiere que la hoja afilada de los vientos de agosto tenga una buena cosecha. Cuando llegan los primeros calores primaverales, cuando los viejos y los enfermos bajan la guardia, aparece el condenado viento y se los lleva...**

Pensó sus palabras.

Vio a Simón.

El cuarto parecía oprimirlo sobre su catre de enfermo, la robusta cama de roble, donde yacía tratando de aprender a morir. Las blancas sabanas refulgían en comparación con la piel amarillenta de Simón; su ancho rostro estaba deshidratado como una hoja desprendida de un árbol en otoño; sus ojos, oh sus ojos, clamaban piedad a los dioses...

- **Tengo frío... tengo mucho frío... – sus labios temblaban al hablar, como nubes anticipando un relámpago.**

- **Tranquilo... – decía Emma-... es solo tu mente Simón... ya he regulado la calefacción, y te estoy preparando una rica sopa para que te caliente el cuerpo...**

Emma se quedo muda.

El pecho de su esposo empezó a subir y bajar con rapidez, como el fuelle de un acordeonista en pleno éxtasis musical, y sus ojos abiertos al máximo posible miraban a Emma como si se tratara de alguien salido del infierno...

No, no miraban a Emma.

Miraban la pared a su espalda.

Una mano tomo con fuerza la muñeca de la anciana y ella dio un grito. Era la mano de Simón, que había salido de las numerosas mantas como un animal pequeño hubiese salido de su madriguera para buscar alimento.

- **...No... – alcanzó a jadear Simón. Sus ojos expresaban un terror supremo, un horror absoluto. Seguía mirando fijamente un punto en la pared a la espalda de su esposa.**

- **Simón, ¿qué te pasa?... no me alarmes.- Emma sentía un extraño sabor en el aire, como el ozono que deja una tormenta eléctrica.**

- **...esta aquí... - gimió Simón-... dentro de mí...**

Emma no soportaba más sus desvaríos.

- **Voy a buscar un médico- anunció, y lo besó en la frente. Fue como besar un bloque de hielo.**

Al girar, se detuvo un instante con la vista fija en la pared desnuda.

¿Había visto algo allí?

(un rostro)

¿En una sucia pared un reflejo como el de un cristal?

“Simón se muere” se dijo para despabilarse, y salió corriendo de la habitación.

- **...No me dejes solo... - Alcanzó a decir Simón.**

Emma salió a la noche en busca del doctor, pero, aunque ella no lo sabía, ya era demasiado tarde.

El médico no encontraría a Simón vivo.

Ni siquiera lo encontraría.

II

¿Muerte había pensado antes?

Desaparición era la palabra correcta.

No había sido fácil.

Decenas de policías registrando palmo a palmo los bosques cercanos al barrio donde vivía, buscando en la ribera de la cinta de agua en el oeste.

Interrogatorios.

Policías buenos diciéndole si estaba segura, realmente segura, de que Simón aún vivía con ella... Una ya era anciana, ¿ya sabe?, y los ancianos tienden a inventar historias para llamar la atención, ¿también lo sabe, no?

Claro que lo sabía.

Policías malos preguntándole si se creía inteligente, si pensaba que estaba jugando con niños...

¡!!!¿Dónde está el cuerpo?!!!!

No lo sabía, nunca lo supo, y las lágrimas convertían el rostro de la anciana en el de una adolescente que acabara de romper con su primer novio.

Calma.

Luego, con el tiempo, todo volvió a su curso normal.

El llamado caso Winslor sepultó la búsqueda(eran tres niñas, por favor, no un anciano que bien podía existir solo en la anciana mente de Emma Kaben), la

desaparición de Simón empezó a dormir el sueño de los héroes en cajones llenos de polvo, bajo casos diez veces más importantes que el suyo.

Era solo un viejo, ¿saben?

Y en todo caso no debió aventurarse en semejante tormenta de viento, en pleno agosto.

Sólo que había algo más, algo que Emma no había agregado en su testimonio para que la policía no la molestara más de lo que ya la había molestado.

Simón Kaben no podía haber ido a ningún lado solo.

Después de un duro accidente de autos, quince años atrás, Simón había quedado paralítico.

III

Emma encendió la hornalla de la cocina para prepararse un té.

Con un encendedor, por supuesto. Entres días había gastado una caja de doscientos fósforos(en realidad había tirado a la basura algo más de la mitad) por culpa del maldito viento, que los apagaba ni bien la temblorosa mano de Emma lograba encenderlo.

¿Acaso jugaba con ella?

Si, por supuesto, Emma bien lo sabía, por eso fue que corrió a comprar el encendedor.

El agua hirvió en un instante. Emma apenas había tenido tiempo de preparar la taza.

¿Era eso realmente? ¿El agua había hervido rápido?

Ultimamente Emma sentía que el tiempo se estiraba y se acortaba, como se fuera goma de mascar en la boca de un dios inquieto.

Esa idea la conmovía.

¿Estaba perdiendo la noción del tiempo?

No lo sabía con certeza, pero la preocupaba.

Caminó hacia la sala, y se detuvo cuando entró en ella.

Los muebles.

Los muebles habían sido movidos. Algunos movimientos eran imperceptibles, como la silla de madera que usualmente descansaba bajo la foto de Simón enmarcada en la pared(estaba no más de quince centímetros de su lugar)y otros temerosamente notorios(La mesa está junto a la pared- oh Dios, ¡la mesa está junto a la pared!)

Trató de contenerse.

“Estás demasiado vieja, eso es todo. Pierdes la conciencia de cómo cambias de lugar las cosas” dijo para tranquilizarse.

El viento chilló bajo un alero una fantasmagórica carcajada de triunfo.

- ¡¡¡CÁLLATE!!! – Gritó en vano. La taza cayó de sus manos y se estrelló contra el suelo con el sonido de lo irremediable.

- ...cállate... – murmuró. Pero, ¿había alguien allí que la escuchara?

El viento calló de repente. Emma giró en redondo, intentando ver lo invisible. Sus ojos estaban abiertos al extremo, su piel se había tensado de tal manera que ocultaba muchas de sus arrugas. Respirar, en ese momento, le pareció una tarea insoportable.

Tenía miedo. Oh sí, tenía mucho miedo.

- ...vete... lo que seas, vete... –Sus manos apretaron con fuerza el viejo vestido que tenía puesto.-... por favor, vete...

Una madera crujió en el piso a su espalda. Giró en redondo nuevamente, sintiéndose extrañamente como una quinceañera bailando su vals con un pérfido amante, y...

Nada.

¿Qué se movió entre las sombras?

Emma se dirigió hacia la escalera que llevaba a su habitación, justo en el instante en el que la puerta de entrada de su casa se abría con violencia, vomitando el feroz viento en el comedor. El cristal de la entrada se partió con irritación, pero no llegó a romperse.

Emma tropezó al pie de la escalera, hojas muertas y papeles sueltos entraron a su casa como una bandada de pájaros insanos, revoloteando alrededor de ella.

Sintió un fuerte dolor en la rodilla, y vio como esta no tardaba en inflamarse.

No creía que pudiera levantarse de nuevo cuando lo vio.

En el umbral de la puerta, amparado bajo de las sombras de la noche, había un ser descomunal, algo indefinible en la oscuridad que la rodeaba.

“Es una boca” pensó Emma. “Una boca enorme”

Intentó levantarse nuevamente, y volvió a caer.

Sus gritos quedaron tapados entre los rugidos del atronador viento.

Logró incorporarse, pero jamás llegó a la escalera.

El viento cambio bruscamente de dirección, la empujaba con furia hacia la puerta.

Se aferró a un pesado armario, y vio con horror como los jarrones, los adornos e incluso las sillas eran tragados por la boca del viento, para perderse entre la infinita negrura de su interior.

Sus brazos ya casi no la sostenían, y ni siquiera tuvo tiempo de gritar cuando fue arrastrada en una nube de hojas hacia lo desconocido.

Desapareció esa noche, bajo el crudo viento de agosto, el viento de las Últimas Muertes, y sólo quedo de ella, y de Simón, una casa deshabitada sepultada en el olvido.